



Rochebonne sacó el estuche que había comprado
y lo puso sobre un mueble...

—¿Vámonos?

Bajó la escalera sin que un remordimiento de conciencia le rozara con sus alas de pájaro nocturno.

Al separarse de la portera, en la puerta, le hizo con la cabeza una seña amistosa.

—Hasta pronto; y gracias.

La majestad del nombre de Rochebonne clavó á la portera en el suelo, hasta que éste hubo desaparecido.

Luego pudo más la curiosidad que la discreción y subió con presteza al cuarto de Germana y abrió el estuche.

Cuando vió los brillantes y el ópalo, dió un grito de admiración.

En la tarjeta se leían estas palabras:

«¡Amo á usted!»

—¡Qué suerte tiene esta muchacha!

Toda la moral de la señora Pellerin y de muchas otras se encierra en esa exclamación.

XVIII

EL DUQUE SE DIVIERTE

El duque se fué á pasear El tiempo estaba ligeramente nublado. Había llovido por la mañana. No había polvo y el calor era muy soportable. La arena crujía blandamente bajo los pies, y las aceras, casi no del todo secas, aparecían muy limpias.

En los dos lados de la calle de Bac, los bebe-

dores de cerveza invadían los cafés cercanos de la Porte-Royal. Rochebonne marchaba despacio, se paraba en los escaparates de los comerciantes de estampas y vendedores de libros viejos que abundan en el barrio, y en los de los joyeros antiguos, con sucursales en Trouville y Dieppe—que fabrican sus joyas por gruesas en Popincourt y que venden en verano á los *amateurs* de las cosas antiguas.

Pero Rochebonne no pensaba en las cruces hechas con piedras del Rhin, ni en las estampas de Callot, ni en los bebedores de bocks de Pont Royal. Pensaba en que decididamente no estaba tan enamorado como creía.

No era más que un capricho lo que experimentaba y una distracción que quería proporcionarse.

Esto era tan cierto, que ahora prefería á su mujer, aquella Giuseppina soberbia, que tan cariñosa había estado con él antes de salir.

¡Qué cabeza y qué cabellos tan abundantes!

¡Qué brillo en sus ojos embriagadores! Sus hermosos brazos le estrechaban con tanto ardor que aún se estremecía! Era una rosa encarnada abierta por completo con perfumes excitantes, de colores aterciopelados, que anonadaba á las flores modestas que la rodeaban.

El calor de la ternura de la ardiente milanesa le envolvía como esas ráfagas de aire caliente que se respira con tanta alegría en los primeros días de la primavera.

¿Eran los celos los que le hacían pensar en la duquesa? Puede ser.

Giuseppina le amaba: en algunos momentos lo dudaba; después de todo, era muy posible.

Germana también le amaría, estaba seguro de ello, y, sin causarle una alegría inmensa, esta idea le hacía entrever perspectivas agradables.

Más agradables, puesto que seguía dueño de sí mismo y podía dirigir la aventura á su gusto, sin dejarse arrastrar por una pasión loca fuera de los límites en que el amante deja de ser libre y es absorbido por el ser amado, como los ríos por el Océano.

El amor, según había oído decir, pues no le conocía más que de nombre, causa tantas penas como alegrías; los caprichos no proporcionan más que placeres.

Le agradecía á la muchacha que no le inspirara más que ese sentimiento dulce y fácil. Se divertía con esta intriga, como con una novela que le interesara, aunque la juzgaba un poco burguesa para él. Estaba acostumbrado á ver un lujo refinado en casa de sus amigas de ocasión, pero la hermosura de Germana bastaba por el momento para embellecer la casa, sin pretensiones, en que vivía. Más tarde, ya vería lo que había que hacer.

Sus pensamientos, color de rosa, se reflejaban en su fisonomía. Marchaba más ligero y se sentía más contento que de ordinario. Los transeuntes que se cruzaban con él debían suponer que habían visto la cara de un hombre feliz, lo cual es tan raro como ver un mirlo blanco ó un pájaro azul.

Es verdad que había muy pocas personas que se pudieran comparar con el joven duque Fernando Fortunato de Rochebonne, único representante de una casa célebre, que se iba á extinguir con él, á menos que no ocurriera un milagro.

Estaba contento del día; como Tito, no lo había perdido. Había derramado sus favores sobre la portera de la calle de la Sourdière, con la cual trabara una de esas amistades que tienen el interés por base.

El duque estaba radiante.

Acababa de atravesar el boulevard San Germán; maquinalmente se internó en la calle de Bac, parándose en las tiendas, examinando las porcelanas de Limoges, expuestas detrás de los cristales; las partituras de música, las sombrererías, luciendo sombreros de cardenal, cuando de pronto, y sin pensarlo, conducido por el viento que nos impulsa hacia donde están nuestras pasiones, vió que se encontraba cerca del Bazar de San Germán.

Las calles cercanas estaban llenas de carruajes de todas clases. Una hilera de coches de punto se extendía á todo lo largo de la fachada principal; los ómnibus se paraban dejando en la puerta del almacén gran número de compradores.

Por todas partes la multitud invadía las galerías, cruzándose con otras multitudes que salían cargadas de cajas de cartón, de paquetes con la etiqueta del Bazar de San Germán.

En la acera, debajo de las marquesinas, dependientes vigilantes vendían por nada sombreros de paja, telas, sombrillas, objetos de toda naturaleza que se los llevaba la gente con una rapidez vertiginosa, desapareciendo de la misma manera que si los hubiese derretido el calor del sol, para ser en seguida remplazados por invisibles acreedores.

Era un ruido de feria; un sin fin de mujeres se empujaban con prisa de entrar, cual si temie-



...parándose en las tiendas... examinando las partituras de música...

ran no encontrar nada porque otras pasaran delante.

Rochebonne siguió á la multitud y se internó en la inmensidad del almacén, donde los clientes estaban tan apretados que no cabía un alfiler.

Daban las cinco.

Aun cuando era la peor estación, sin embargo, el Bazar de San Germán ofrecía un espectáculo único para los extranjeros de todos los países.

El gran hormiguero estaba en plena actividad. La multitud se cruzaba, se desperdigaba mariposeando. Los mil colores de telas femeninas se tendían en un conjunto armonioso, como los acordes de una orquesta en donde cada cual da una nota y ninguna se distingue.

El duque subió la escalera principal, cuyas vueltas de una ligereza audaz llegan hasta los últimos pisos, en el que se reúnen y forman balcón, desde el cual la vista abarca aquella efervescente multitud de compradores que se agolpan en las cajas.

Cuando llegó al primer piso se apoyó en la barandilla y miró á su alrededor.

Las arañas, iguales que las de los teatros, estaban sujetas á las bóvedas con cadenas de bronce.

Á su derecha, alrededor de las mesas cubiertas con tapices verdes, donde había todos los periódicos del mundo, clientes, extranjeros en general, escribían su correspondencia en un salón, suspendido como por encanto en el espacio, en el que se veía una chimenea monumental, el busto del señor Bouret esculpido por Chapú y los techos con copias de los cuadros del Louvre, por Enrique Levy.

El marqués de Chamberjot, del Gran Club, el

hombre galante más temible de la *high-life*, hablaba en un rincón con la condesa de Rouille, con quien se había citado en aquel sitio. En estos terrenos neutrales se forja gran número de intrigas; pues como todo el mundo puede encontrarse sin despertar sospecha, la idea del delito desaparece, ó por lo menos se hace más dudosa.

Un poco más lejos, los lacayos servían á las señoras refrescos profusamente.

Alrededor de Rochebonne se veían los mostradores llenos de encajes, de perfumería y de mercancías sin fin; tapices de Oriente, los bastantes para cubrir los boulevards en un día de fiesta; telas de colores para adornar todas las fachadas desde la Bastilla hasta la Magdalena; muebles de lujo, telas de lana y de seda, terror de los maridos, á quienes tantas tentaciones vacian poco á poco la bolsa hasta el último céntimo.

El duque se quedó un momento suspenso delante de las prodigiosas riquezas de este bazar grandioso.

Sin embargo, ya le conocía.

Olvidó el objeto de su visita y se entretuvo en mirar á las mujeres, bonitas la mayor parte, que circulaban por su alrededor.

Iban y venían libremente, sin que las fatigasen con ofertas; las dejaban errar á su gusto, examinando los objetos.

Los dependientes seguían silenciosos, como el pescador que ha echado el anzuelo y espera que los peces del río se acerquen y se dejen enganchar.

Las mujeres, esas mariposas encantadoras y frívolas, ¿cómo no se habían de quemar las alas en aquellas llamas que las atraen y las deslum-

bran desde cualquier lado al que se vuelvan, en ese palacio colmado de galas destinadas á embellecerlas, á hacerlas más perturbadoras, según la expresión de moda?

Bien pronto volvió el duque á la idea que le preocupaba y trató de orientarse.

Subió otro piso y llegó á una galería más cuidada que las demás, con el suelo cubierto por frescos tapices.

Muchachas esbeltas y agradables estaban muy ocupadas enseñando trajes y vestidos.

En un salón contiguo otras probaban sombreros á sus clientas.

Las dos galerías estaban llenas de señoras. Era la hora de las *mondaines*.

Rochebonne miró de una á otra buscando una cabecita entre aquel gentío.

De pronto, una imperceptible sonrisa se dibujó en sus labios, y siguió su camino con aire indiferente y aburrido.

Su mirada había encontrado la de Germana.

La muchacha palideció horriblemente.

Se apoyó en una mesa y se puso la mano en la frente para ocultar su emoción.

El duque había pasado.

Pero otra persona había visto esta escena desde su sitio.

Josselin, preso en su caja, escribía febrilmente las notas que le dictaban, sin descanso, pero se fijaba muy poco en lo que hacía, exponiéndose á cometer errores. La máquina funcionaba, pero la cabeza estaba ausente. Estudiaba la fisonomía de Germana y no apartaba los ojos de ella.

Desde que entrara en el departamento de las modas había reconocido al duque de Rochebonne

y poco faltó para que se arrojara sobre él y diera un escándalo.

Pero, á pesar de su odio, no se atrevió á levantarse de su sitio. El miedo al ridículo le clavó en la silla.

¿Era un leproso el duque de Rochebonne? ¿Le podían prohibir que entrara en un bazar público?

¿No tenía el mismo derecho que todo el mundo para examinar la sedería, los tapices de Oriente, las porcelanas de China, los broncees japoneses, las telas de Venecia, de dos mil francos el metro, los bastones y los paraguas, los guantes, las *toilettes* Pompadour, los sombreros Niniche, los trajes para baños de mar, de río ó los de jardín, para su mujer, ó para sus amigas, ó para su primogenitura?

¿Le estaba prohibido al paseante mirar curiosamente, y hasta con impertinencia, á las señoritas de los sombreros ó de los trajes? ¿Había alguien que le prohibiera mirar á las costureras ó á las de la sección del calzado?

¿Qué contestaría él, Andrés Josselin, el empleado de tres mil francos al año, á ese personaje impasible y frío, cristalizado en su dignidad por un privilegio de nacimiento, cuando le dijera?: «¿De dónde sale usted, caballero? ¿Qué mosca le ha picado? ¡No le conozco! ¡Hágase presentar, si gusta!»

¿Y qué pensaría el señor Bouret de un empleado que por una mirada dirigida á una modista, y sin cambiar una palabra, daba el espectáculo de una escena violenta é insensata?

No sería pequeño el escándalo, en el noble *fábourg*, cuando se supiera que en el Bazar de San

Germán había ocurrido escena tan deplorable por una cosa tan insignificante y por la cual habían ofendido al duque de Rochebonne, uno de los primeros títulos de la aristocracia, el cual estaba allí entre los mil curiosos, sin decir palabra y examinando las mercancías como los demás.

Precisamente era un honor para el señor Bouret la presencia de un personaje tan respetable. Sus rivales del Capullo de Oro, del Otoño y las Tullerías se alegrarían de ello. La casa se perjudicaría.

¡Cuánto ganarían los otros con esta decadencia! Sin remisión pondrían á Andrés en medio de la calle, de donde le habían recogido.

Por mucho que se quiera á sus empleados, hay una cosa que se prefiere siempre: la casa, la clientela, la reputación, y el señor Bouret adoraba su obra por encima de todo.

Josselin lo comprendía, aunque rabiaba al considerarse impotente.

Un detalle le había llamado la atención.

Germana esperaba al duque. No se había movido de su sitio. El cambio de miradas indicaba que se entendían perfectamente.

Su palidez súbita la vendió.

Á Josselin le pareció que se llevaba una mano al pecho para comprimirle.

¿De dónde provenía tanta emoción, sino de un amor correspondido?

El cajero seguía escribiendo mientras esta tormenta se desataba en su interior. Cogía los billetes de Banco y devolvía las monedas con la precisión mecánica de un autómatas que tiene cuerda hasta por cierto número de horas.

Contaba con gran rapidez los veinte ó treinta

artículos que cada dependiente le decía; pasaba su pluma por cada columna y de un golpe hacía la suma, sin equivocarse, sin hablar una palabra con nadie.

Por momentos, una lágrima ardiente asomaba á sus ojos, lágrima de despecho y de dolor, y con un movimiento, rápido como un rayo, se la secaba con los dedos.

Germana le vió y se sonrojó, inquieta y triste.

Los demás que ignoraban la causa del mal humor del cajero se admiraban al verle, triste y taciturno, con las narices metidas en sus libros de caja.

El joven Galeron quiso bromear con él y recibió un puntapié. Le fué diciendo á los demás:

—¿Qué le pasa á ese saboyano?

Germana sabía muy bien lo que le sucedía.

Pasado el primer momento, comenzó á dirigirle á cada minuto miradas suplicantes, ó coléricas hasta el punto de comprometerla.

Tanto, que ella cambió de sitio y se puso en un rincón al lado de un armario, donde él no podía verla.

El señor Perrolet se paseaba por su territorio estudiando las mejoras que sin cesar le ocupaban el cerebro. Siempre soñaba con algo mejor que lo que había organizado. Sobre todo observaba á Germana. Se acercó á ella y dió principio á un discurso sobre las mejoras que había ideado para la instalación de las modas.

Se puede agrandar el salón, cogiendo algo del de los vestidos, que se agrandará á su vez con el de los muebles, que ocupa demasiado.

Lo que no era del dominio del señor Perrolet siempre ocupaba demasiado sitio.

Si Germana opinaba como él, hablaría en seguida al Consejo—el Consejo de los Diez formado por los accionistas; el Consejo de Estado del señor Bouret.

Los negocios iban en auge y era menester ensanchar el local.

El señor Perrolet era muy profuso en sus explicaciones, sobre todo cuando hablaba con Germana.

¡Pobre hombre! ¡Se sentía tan feliz cuando se podía aproximar á su adorada!

Expuso lentamente sus teorías, mirando con alegría al gentío que invadía los departamentos que estaban bajo su dirección.

—Buen día, señorita Germana—dijo frotándose las manos.

La segunda contestaba con monosílabos. De ordinario, era más atenta con su jefe.

El señor Perrolet la encontró distraída, menos atenta de lo que él hubiera querido. Adoptaba sus ideas según se las indicaba, sin discutir las. El señor Perrolet no era enemigo de la contradicción, siempre que acabaran por ser de su misma manera de pensar.

Esta vez, Germana opinaba siempre como el jefe y contestaba demasiado de prisa, con razón ó sin ella.

—Sí, señor Perrolet.

—Sin duda, señor Perrolet.

—Seguramente, señor Perrolet.

El patrón, impaciente, calló.

Germana se volvió hacia otro lado para vigilar las ventas, mirando á las vendedoras que probaban los sombreros para enseñárselos á las señoras, ó se los probaban á sus clientas que se mira-

ban con complacencia en los espejos donde se veían por todos lados.

Pero, con su mirada escudriñadora, el señor Perrolet vió que estaba preocupada y que algo la molestaba.

Entonces él también se preocupó. ¿Estaría indisputada su adorada? ¿Tendría alguna pena?

Con una voz dulce como la miel y casi temblando, la dijo:

—¿Qué tiene usted, hija mía?

—Nada, señor Perrolet, nada absolutamente, se lo aseguro.

Pero mentía descaradamente, pues una lágrima de pena salió de sus ojos y se paró en sus negras pestañas, que tanta expresión daban á su mirada.

El señor Perrolet lo vió y, con voz más dulce todavía y muy turbado, repuso:

—Ya ve usted que me engaña ó que se engaña á sí misma, puesto que llora, Germana.

Por primera vez, y debido á su emoción, dijo Germana á secas.

Se iba á reprender, cuando la muchacha se volvió vivamente y, metiendo la cabeza en un armario, se echó á llorar, cubriéndose el rostro con el pañuelo.

—Vamos—dijo el excelente hombre con amabilidad y á punto de llorar también,—tranquilícese, hija mía; eso es nervioso. Hay momentos en que se llora sin saber por qué. Eso no será nada.

Y se alejó, temiendo no poderse contener y dejar escapar su secreto.

Un momento después volvió, seguido por el señor Labievre, que traía un vaso de agua.

—Beba usted, señorita Germana—dijo.—Es un poco de azahar.

Las pequeñas de la moda y de los trajes, que seguían al patrón con los ojos, se miraban y se sonreían con burla.

—¡Si será coqueta esta Germana!—dijo Cipriana, despechada porque no había visto desde hacía mucho tiempo á su querido Sosthène.—No sólo es el *Capricho* de sus clientes, sino también el del patrón.

—¿Y qué?—contestó la señora Chapius, una mujer muy alta, y con el pelo rojo, pero muy buena muchacha.—¡Si ése es el gusto del señor Perrolet!... ¡También tú quisieras ser su preferida!

—¡Yo!—dijo Cipriana riéndose;—con mi Sosthène tengo bastante.

Josselin hubiera querido hablar á Germana aquella misma noche.

Durante el resto del día se desesperó de su impotencia. Quería una solución, pues no podía vivir con tal incertidumbre.

Esperar el plazo marcado por Germana, era superior á sus fuerzas.

Además, su indiferencia hacia él estaba clara. Cuando una persona como el duque persigue á una muchacha como Germana, el nombre, las riquezas tienen que fascinarla y poder más que la antigua amistad que la muchacha había demostrado á un camarada más pobre que ella. Así pensando se dejaba llevar por las diatribas de los amantes derrotados contra las mujeres.

Germana era como las demás. Caprichosa, ligera y vanidosa; deseaba el lujo, como otra cualquiera.

Una de tantas y nada más; es decir, todas las

debilidades, todos los engaños y todas las crueldades.

La avaricia en carne y hueso.

No la perdonaba ni esta injuria á ella, tan desinteresada, tan ajena á todo cálculo.

¡Cómo le iba á decir todo esto! No tendría más remedio que oírle, cuando estuviera cerca de ella y no pudiera evitar una explicación necesaria y decisiva.

Decisiva, ¡pues no la volvería á ver! Buscaría otra mujer sencilla y buena, á la que pudiera unirse; mejor dicho, viviría solo, pues eran todas iguales y formadas de materia inferior y vil.

Pero no había contado con el señor Perrolet.

El bueno del señor Perrolet no era malicioso, pero estaba escrito que estropeará los proyectos del cajero, como una golondrina cuando tropieza en una tela de araña.

XIX

DESPOSORIOS

Generalmente, las muchachas que estaban á sus órdenes consagraban al menos una hora desde el toque de campana, para sacudir y guardar en los armarios los sombreros, envolviéndoles entre papel de seda, doblando los vestidos, empaquetando en las cajas lo que tenían que enviar fuera.

Aquella noche el señor Perrolet no dejó su dis-